

Minicuentos

ROBERTO BAÑUELAS

Lectura de testamento

“ A los noventa y cinco años de edad, en uso incompleto (pero suficiente) de mis facultades mentales, dicto mi última voluntad:

1. La silla de ruedas, la más fiel compañera en mi vida de paralítica, es para los niños: siempre desearon un juguete diferente.

2. A mis parientes adultos, que me sirvieron hipócritamente en espera de mi casi improbable muerte, les dejo la casa para que tengan un lugar reservado y tranquilo donde puedan odiarse, además de mi agradecimiento por haber llorado tan sinceramente como lo hacen ahora, por la rabia y la decepción, de que todo el dinero lo dejo al INSTITUTO JUBILEUM SENECTAS, asilo en el que siempre quisieron confinarme”.

Un autor para el futuro

Desde que perdió la mitad de su ignorancia se acabaron sus declaraciones audaces. Aunque era conocido como brillante orador que glorificaba con su verbo encendido casi todas las fechas de mártires y héroes, pronto se le tomó por filósofo profundo a causa de su silencio. Por escrito, renunció a los posibles homenajes venideros y ofreció, para el año siguiente, el informe de una investigación que ya le esperaba.

Cumplido el plazo y congregados los académicos, el sabio se presentó con las barbas más largas y la voz menos sonora. Después de un largo exordio, vivamente emocionado por la significación de ese momento, declaró: “Venerables colegas: pacientes y minuciosos cálculos me han llevado a la conclusión de que aún es posible componer una enciclopedia con lo que me resta de ignorancia”.

Líquido cielo

A pesar de la perfecta organización social, la Tierra era casi inhabitable porque la atmósfera se había convertido en un espeso globo de veneno. La existencia de variados animales sobre campos floridos era ya una leyenda en el nuevo paisaje de la desolación. Los hombres, liberados de la necesidad de trabajar para subsistir, convertían el ocio en una práctica terapia-colectiva de la espera y la esperanza.

Una oscura mañana, los sabios anunciaron que las ciudades submarinas ya estaban instaladas y listas para ser ocupadas. Con el éxodo de millones de seres humanos, hacia las poblaciones de cristal, emigraron también los dioses.

Los paraísos perdidos

Cuando me fui del siglo xx a buscar el paraíso utilicé el avión, el tren, una lancha de motor, un caballo doliente de mataduras, una rústica canoa y un machete para abrirme paso en la espesura, cortando ramas y algunas cabezas de ofidios en acecho.

El día que llegué a una laguna donde las garzas devoraban peces dorados, también arribaron unos hombres desnudos que tensaron sus arcos y dispararon flechas rojas hacia lo alto de las arboledas: ése fue su saludo. Me llevaron a conocer su tribu, formada en su mayoría por mujeres que amaban indistintamente a los pocos hombres para conservarse embaizadas.

Esa tarde comimos la carne del caimán y bebimos los ácidos licores de frutas deslumbrantes. Con la luz del crepúsculo y el canto reiterativo de los niños se inició una danza en la que todos los varones se desplazaban en círculos para ser elegidos por las mujeres impacientes. Antes de quedar sumido en la embriaguez, alcancé a mirar el inicio de aquel ceremonial de cópulas.

Con la llegada de cada noche, todos los participantes en el rito de la fecundación duermen y sueñan; las mujeres que no pudieron atrapar macho, para encontrar la paz, se quedan mirando largamente la luz de las estrellas.

Por las edades de los niños que se asombran con ojos parecidos a los míos, puedo calcular el número de inviernos transcurridos en el país que un día abandoné para perderme en este infierno de torturante fecundidad.

Noticiero

“Dicen que examinaron con minuciosidad hasta el último dato de sus documentos; en cuanto comprobaron que se trataba de un hombre lo metieron en un recipiente especial y lo enviaron como regalo, con otros cien secuestrados, al rey de ese planeta sin nombre que cree que nos va a dominar”.

Pinacoteca familiar

A pesar de que en la vida de todo nuevo rico se presenta siempre el problema del abolengo, el esplendor del dinero borra todas las sombras perniciosas. Por eso mismo, la nueva casa debería tener muebles estilo Luis XV, pesados cortinajes, vajilla importada, lámparas teatrales, relojes con insomnio, un piano de cola (para desahogo de concertistas sin contrato) y retratos al óleo de todos los miembros de la familia, sin que faltaran en la galería los abuelos: el paterno en uniforme de general (casi Hombre del casco); el materno, jurisconsulto, hacendado o académico (a la von Humboldt).

Ninguno de los retratos, siendo todos notables por el estólido parecido fotográfico, poseía la lograda expresión de vida como el del niño. Y sucedió que en la fiesta que los dueños de casa dieron para mostrar los cuadros a los numerosos dilectos amigos que aumentaban y patentizaban su afecto cada día, una señora con tres apellidos, distinguidagordamoralexquisitatenidaparlanchinaoportuna dijo: “¡Qué maravilloso retrato! ¡¡¡¡Pero si sólo le falta hablar!!!!” Instantáneamente, con voz velada y lejana, se oyeron algunas palabras que parecían insultos entre dientes.

¿Había hablado el retrato del niño? Muchos de los invitados afirmaron haber visto cómo se movieron los labios sonrientes del niño vestido de azul.

Oculto tras el sillón, situado a un lado del cuadro, el niño del retrato luchaba para contener la risa que estaba a punto de delatarlo y anular el prodigio

Album de viaje

En Venecia, las palomas lúbricas y voraces son cómplices de los fotógrafos y de los vendedores de maíz. Pero son ellas las que dan vida al negocio: comen de las manos de los turistas y posan con ellos. Después de una hora de producir recuerdos, vuelan a las cornisas de la Basilica de San Marcos donde defe-

can y pasean; mientras conversan con profusión de erres y pasean con solemnidad académica, otras descienden graciosamente para ayudar a los fotógrafos y a los vendedores de maíz en la tarea histórica de incluir a más turistas en otro recuerdo de Venecia.

Fortuna

Asistí al baile de disfraces para divertirme sin peligros sentimentales. Antes de la media noche, ataviada con un vestido de rombos estampados, llegó la mujer de mis sueños. Ella fue para mí la doble seducción de un cuerpo bellissimo cubierto con un ajedrez en diagonal. La lucha fue cuerpo a cuerpo y conquisté primero las torres de sus pechos; después, merced a una jugada en que la gané como reina, ella me convirtió en el peón insomne de sus caprichos.

De tiempo y espacio

Los guardias que hacían su ronda nocturna en el Museo del Louvre dudaron entre turbar el sueño del señor director o aceptar que se estaban volviendo locos al mismo tiempo que la más famosa de las pinturas. Sin embargo, era absolutamente cierto que Monna Lisa del Giocondo, después de una risa contenida durante siglos, se carcajeaba ante el periódico olvidado que, en gran titular, daba la noticia del derrumbamiento de la Torre de Pisa. 🗿

